

México, la transición congelada y la «democracia peligrosa»

*José Mendívil Macías Valadez**

Erich Fromm acuñó el término «miedo a la libertad» en su famoso libro, en el que hace una crítica al fascismo y a la sociedad de la primera mitad del siglo XX, en su ensayo¹ enarbola —además de su tesis de una supuesta esencia humana en vías de realización, que nosotros ya no podemos asumir— la idea de que el individualismo moderno europeo, si bien había conformado a un sujeto liberado de las autoridades tradicionales, lo habría vuelto aislado e impotente, generando nuevos mecanismos de evasión y de sumisión.

En su análisis histórico y psicosocial, describe a una sociedad que socava al «yo», limitando su actividad espontánea y la capacidad para el pensamiento propio, y que acaba promoviendo la sumisión a nuevas especies de vínculos como resultado del sentimiento de impotencia, aislamiento, debilidad y miedo. Los mecanismos sociales adaptativos, los imperativos de la productividad, la publicidad de los medios masivos y la manipulación acabarían con la posibilidad de la expansión creativa del yo y del ejercicio de la crítica, promoviendo la necesidad de fundirse con algo exterior para sentirse más poderoso, ante la carencia de una fuerza interior propia y de vínculos primarios. Por ello para Fromm, el ciudadano termina asumiendo roles relacionados con la dominación y buscando la aceptación de los demás mediante la asunción de roles externos estereotipados. Todo esto tendría como resultado el debilitamiento o el derrumbe de la democracia como sistema político.

Si bien la sociedad latinoamericana no vivió un proceso de modernización y de secularización idéntico al que conformó al individualismo europeo, puesto que sus coordenadas y códigos culturales son distintos, sí podemos decir, tanto del proceso actual de globalización en su totalidad, como de sus manifestaciones en América Latina, que han creado un sentimiento de impotencia en la capacidad de los ciudadanos de regir su vida privada y de intervenir de manera efectiva en la vida pública, tanto como un sentimiento de inseguridad y temor frente a los cambiantes flujos y especulaciones financieras, también

* Universidad de Guanajuato.

1 E. FROMM, *El miedo a la libertad*, Paidós, México, 1983.

debido a una hiperdinámica del individuo que puede llevar a un aislamiento atomizador o al desgarramiento del tejido social. Esto puede verse agravado con las consecuencias de las recurrentes crisis económico-financieras cuyos apelativos, «efecto tango» o «efecto tequila», marcan su epicentro, hasta llegar a la crisis sistémica global actual, con su epicentro en los Estados Unidos.

La precariedad y la escasez del empleo, la pobreza generalizada y la desigualdad, el incremento en la inseguridad pública, la migración y el traslado de los liderazgos de los «capos» del narcotráfico, como parte del ascenso de las redes de delincuencia internacional, que pueden ser denominadas «McMafia»,² han sido fenómenos que se han intensificado particularmente en México, generando una sensación particular de desamparo, al mismo tiempo que el acoplamiento y la subordinación a la economía norteamericana —por vía del Tratado de Libre Comercio— implicó un desmantelamiento de las políticas públicas nacionales de desarrollo económico, protección sanitaria, educación y tecnología, dirigiéndose hacia las necesidades adaptativas y de complementación subordinada al vecino del norte.

Por otro lado, el proceso de transición democrática que llevó a la salida del poder del Partido Revolucionario Institucional, después de siete décadas como partido dominante y casi único, no ha conducido a los resultados políticos y económicos esperados por la ciudadanía y por muchos de los actores políticos que la favorecieron, sino que ha llevado a un estancamiento o congelamiento en el cumplimiento de las principales demandas de los mexicanos. Una transición que no se efectuó dentro de los modelos de los países del cono sur, ni de la transición española, sino que, más tímidamente, fue llevada a cabo por una conjunción de intereses y coyunturas que condujeron al poder vía elecciones a un partido de derecha poco interesado en un ajuste de cuentas con las violaciones de derechos humanos en el pasado, poco sensible a las demandas sociales de justicia distributiva y que no pudo acabar con muchas de las estructuras monopolistas, corporativistas y antidemocráticas que conformaron la estructura del viejo régimen, puesto que implicaría afectar los intereses creados de una minoría privilegiada parasitaria, que se encuentra en los medios de comunicación (con un duopolio televisivo y la ausencia de la televisión pública), en los dirigentes de los grandes sindicatos, en las cámaras industriales y de comercio, así como en el sector financiero.

Para los sectores dominantes privilegiados existía ya una estrategia de largo plazo para evitar una transición que pudiera afectarlos. Desde las elecciones fraudulentas de 1988, en las que se vislumbraba un candidato ganador

2 A la *Mcdonalización* del mundo sigue la conformación de una *McMafia* que puede abarcar el 20% de los negocios globales, cfr. M. GLENNY, *McMafia. El crimen sin fronteras: un viaje por los bajos fondos globales*. Destino, Barcelona, 2008.

de la izquierda, hasta las de 2006, en las que se vuelve a cuestionar la capacidad de las instituciones, la cultura mediática y la conciencia ciudadana frente a una reñida elección entre las opciones de la izquierda y de la derecha, estos sectores oligárquicos han buscado «dirigir» la transición hacia la derecha, aludiendo al temor de una «ruptura», el origen del «caos» o de un nuevo «mesianismo» autoritario, aún a costa de violar las leyes o de intentar cambiar por vías ilegales el resultado electoral. Se trata para ellos de evitar los «peligros de la democracia» y de emular las virtudes del «orden» y de la «estabilidad», es decir, de proponer una «democracia limitada» que no afecte sus intereses ni los de la potencia vecina. Ya Maquiavelo y Hobbes habían explorado la productividad política del miedo, que después de todo es un sentimiento tan primario y básico que puede permear los otros aspectos de la condición humana.

Divisiones, errores estratégicos, burocratización y una incipiente modernización de la izquierda política mexicana también han sido factores que han contribuido a evitar una transición más profunda que colmara las aspiraciones ya añejas de una ciudadanía que tampoco ha podido madurar significativamente en este ambiente poco propicio para el desarrollo de los espacios públicos, deliberativos y participativos.

La transición democrática en México ha sido un proceso lento y difícil, no exento de regresiones, que sin embargo no ha podido consolidarse a pesar de las aspiraciones populares, que ya son históricas. El proceso de «ciudadanización» de los procesos electorales y la puesta en práctica de sucesivos códigos electorales, ha sido lenta y condicionada por los grandes poderes fácticos económicos, políticos y de la jerarquía católica, de modo que hay analistas que opinan que los cambios en México no han sido cualitativamente significativos, sino que implican algún pequeño avance y periodos largos de estancamiento, en el mejor de los casos, o simplemente, como opinan otros críticos, una transición escamoteada por los caudillismos, fraudes, manipulaciones mediáticas etc. De cualquier manera, no sería posible una democracia plena y duradera con la mitad de la población viviendo en la pobreza, como es el caso. Los dos aspectos más significativos para los críticos han sido, en primer lugar, la intención del presidente Fox de eliminar de la competencia en la sucesión presidencial, vía desafuero y litigio, al candidato izquierdista López Obrador, que iba significativamente adelante en las encuestas, y en segundo lugar, la falta de transparencia, imparcialidad y equidad en el proceso electoral.

Dentro de este segundo aspecto me parece relevante enfatizar la estrategia de la derecha mediática, empresarial y eclesiástica denominada por muchos la «estrategia del miedo», o por otros simplemente la «campana negra», «negativa», «sucia» o «de contraste» que jugó un papel importante en la pasada campaña electoral, y que forma parte de una estrategia más amplia de permanencia ininterrumpida de la derecha en el poder no sólo en

México, sino que cumplió también un papel fundamental en el doble periodo presidencial de Bush, como lo ha cumplido en otros tiempos y en otras latitudes. La demonización maniquea del «enemigo» en este caso se combina con eventos de represión masiva que envían un mensaje paralizador. Para no hablar de los quinientos miembros del PRD muertos durante el régimen de Salinas y del complejo problema en Chiapas después de la insurrección del EZLN, voy a señalar los casos trágicos de las masacres de Tejuzilco, Aguas Blancas, Acteal, San Salvador Atenco y Oaxaca, que si bien son eventos muy localizados, forman claramente elementos de una estrategia mediática bien pensada desde el gobierno y los intereses creados para infundir miedo y producir una parálisis social, así como también son expresión de formas de lucha todavía espontáneas, desesperadas, inmaduras y con alguna dosis de dogmatismo.

Al mismo tiempo, se ha hecho un intento en las nuevas reformas electorales de limitar las «campañas negativas», así como está a la orden del día una nueva ley que regule el omnímodo poder monopólico de los medios de comunicación, por ahora estancada. Aparte de esta guerra sucia de baja intensidad, se comenzó a desarrollar una guerra abierta del ejército contra los narcotraficantes (que no es lo mismo que una lucha inteligente, que ha faltado) que ha cobrado, junto con los ajustes de cuentas entre los carteles de la droga, más de diez mil muertos en los últimos cuatro años — cinco mil en el año pasado— y que ha cubierto con un velo la dinámica de la lucha política y de las reivindicaciones sociales en el país, situándolas casi en un segundo plano frente a los imperativos de la seguridad, que también han mejorado la imagen del Presidente Calderón como un adalid del orden, al menos antes de que se conozcan y sientan las verdaderas proporciones de la presente crisis económica. A este fenómeno se ha llamado también la «colombianización» de México.

Para contextualizar aún más mis afirmaciones, recogeré tres opiniones de expertos acerca de la política en México.

En un artículo interesante del analista Guillermo Almeyra³, en plena re-friega electoral, rememora el fracasado destino electoral en los años setenta del Partido Comunista Italiano, cuando fue secuestrado el democristiano Aldo Moro por las Brigadas Rojas, infiltradas por la CIA. Este hecho desató una ola de violencia que incluyó bombas en lugares públicos puestos por servicios de inteligencia, de la mano de la CIA, que oscurecieron el panorama político y obligaron a romper la alianza electoral entre los democristianos y los comunistas, evitando así que llegaran al poder. A esto se llamó entonces la «estrategia de la tensión». La represión de Atenco fue vista por Almeyra como una

3 Ahora, la «estrategia de la tensión», Periódico *La Jornada*, 7 de mayo de 2006.

reedición de esta vieja estrategia,⁴ como va a ser vista la posterior solución represiva del conflicto o la insurrección popular encabezada por la APPO en Oaxaca, ambos paralelos al proceso electoral.

Desde otro punto de vista, el analista e historiador Lorenzo Meyer ha sostenido la opinión de que «la mediocridad del proceso político de estos años es inaceptable, porque está abriendo las puertas para regresar, no para progresar», puesto que si la transición no se consolida y no se aprovecha «el potencial histórico que nosotros mismos nos abrimos» estaríamos ante un problema de fondo. Comenta que en mayo del año pasado una encuesta reveló que sólo el 16% de los mexicanos cree que se gobierna para beneficio de todos, y el país se enfrenta a una crisis de credibilidad y representatividad de los partidos políticos⁵.

El analista y sociólogo Roger Bartra afirmó recientemente que se espera un alto abstencionismo en las elecciones intermedias a mitad del año 2009, la participación democrática se vería más en las calles que en la democracia «institucional», por la poca credibilidad en los partidos políticos y en las instituciones electorales. Sin embargo, considera que, debido también a la crisis económica, el partido en el poder podría salir beneficiado si utiliza de nuevo la «política del miedo», por ejemplo a perder lo que se tiene o lo poco que se tiene. La crisis no sólo genera movilización social —como la resistencia civil dirigida por López Obrador— sino que también podría generar actitudes conservadoras⁶.

La posibilidad de una democracia sana en México se ubica entre los extremos del miedo paralizador y la impotencia, por un lado, y la posibilidad de la irrupción de la violencia en todo el tejido social, por otro, de modo que es un camino difícil y lleno de riesgos. No sabemos si se impondrá el coraje cívico o se caerá en los extremos del autoritarismo o de la violencia, puesto que esto dependerá de coyunturas aún irresueltas. Lo cierto es que el miedo a la libertad, además de ser un estado psicosocial patológico, tiene que vencer a la violencia institucionalizada por el gobierno o los capos, tanto como a la gran crisis económica que experimentamos. Ojalá que el barco de la libertad siga su rumbo y no se ahogue en medio de estas embestidas.

4 Véase en el caso de España el libro de JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Alianza, Madrid 1997. La estrategia de generar la sensación de caos, inseguridad y miedo estimula la necesidad de orden y seguridad que la extrema derecha piensa colmar.

5 L. MEYER, Conferencia *Democracia mexicana, en rumbo equivocado*. Periódico *Correo*, 2 de octubre de 2008.

6 R. BARTRA, *Democracia mexicana en crisis*. (www.quadratin.com.mx/noticias/nota44652/) y *La crisis económica y la política del miedo beneficia al PAN*, Periódico *Cambio de Michoacán*, ambas notas del 31 de enero de 2009. Cfr. R. BARTRA, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana*, Océano, México 1999.

El resultado menos deseado del rumbo del país es que se imponga en la conciencia pública la idea de que la democracia institucional existente no sirve para nada, puesto que no resuelve los grandes problemas nacionales, por lo que podría fortalecerse la tentación autoritaria. Esto significa que las formas políticas, de representación, auscultación y participación ciudadana tienen que ser revisadas y mejoradas en el corto plazo. Los problemas de una democracia deberían resolverse con más democracia, de no ocurrir así, estaríamos abriendo el camino a una regresión de consecuencias imprevisibles.

Por todo esto, nos resta a los mexicanos promover una mentalidad ilustrada y crítica, emular nuestras gestas históricas y nuestros cortos periodos democráticos, rememorar nuestras víctimas y nuestras tradiciones cívicas, rescatar nuestras culturas y llamar a la responsabilidad a nuestros líderes políticos, con el fin de buscar consolidar este proceso de transición que de tanto alargarse corre el riesgo de estancarse o retroceder. En nuestras sociedades, llamadas por Giddens y Beck sociedades del riesgo, la progresiva apropiación autónoma de nuestros proyectos de vida y la reapropiación gradual de la conducción del gobierno local, regional y mundial por la ciudadanía no será un camino fácil ni está asegurado⁷. Debemos apelar al valor cívico, a la solidaridad internacional, a la capacidad reflexiva y al talento de nuestros políticos. Se sabe que el valiente no es el que no tiene miedos, sino el que sabe vencerlos.

7 Cfr. J. MENDÍVIL, *Ciudadanía compleja y reivindicación cultural*, en *Acta Universitaria*, Vol. 18, Núm. Esp. 1, septiembre de 2008, pp. 50-55.